

Introducción

De aquel Imperio bizantino, el veredicto universal de la historia es que constituye, sin una sola excepción, la forma más completamente vil y despreciable que la civilización ha asumido hasta ahora [...]. No ha habido ninguna otra civilización duradera tan absolutamente desprovista de todas las formas y elementos de grandeza [...]. Sus vicios eran los de hombres que habían dejado de ser valientes sin aprender a ser virtuosos... Esclavos, y esclavos voluntarios, tanto en sus acciones como en sus pensamientos, sumidos en la sensualidad y en los placeres más frívolos, el pueblo solo abandonaba su apatía cuando alguna sutileza teológica o algún lance caballeroso en las carreras de cuadrigas lo estimulaban a frenéticos motines [...]. La historia del Imperio es un monótono relato de intrigas de sacerdotes, eunucos y mujeres, de envenenamientos, de conspiraciones, de ingratitudes uniformes, de perpetuos fratricidios.

Esta diatriba un tanto sorprendente está tomada de *La historia de la moral europea*, de William Edward Hartpole Lecky, publicada en 1869. Aunque para los oídos modernos quizá no sea tan eficaz como el autor pretendía —la última frase no hace que la historia bizantina suene monótona, sino muy entretenida—, el hecho es que, durante los últimos doscientos años e incluso más, lo que solía conocerse como el «Bajo Imperio romano» ha tenido una mala prensa atroz. Parece que la larga campaña de desprestigio recibió su impulso inicial en el siglo XVIII de la mano de nada menos que de Edward Emily Gibbon, quien, igual que todos los ingleses y las inglesas de educación clásica de su época, veía a Bizancio como la traición de todo lo mejor de las antiguas Grecia y Roma, y conti-

nuó hasta bien entrado el siglo xx. Después de la Primera Guerra Mundial, bajo la influencia de Robert Byron, David Talbot-Rice, James Cochran Stevenson Runciman y sus amigos y seguidores, el péndulo empezó a oscilar en la otra dirección. Sin embargo, el Imperio volvió a recibir la atención que merecía y fue, a la postre, reconocido a su muy distinta manera como un digno sucesor de las dos poderosas civilizaciones predecesoras después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la facilidad, la rapidez y la relativa comodidad de los viajes por el Levante hicieron que los monumentos bizantinos fueran, por fin, accesibles para todos.

Para la mayoría de nosotros, el problema era que sabíamos muy poco sobre el Imperio bizantino. Las viejas ideas tardaron en desaparecer. Durante los cinco años que pasé estudiando en una de las mejores y más antiguas escuelas privadas de Inglaterra, Bizancio fue, al parecer, víctima de una conspiración de silencio. Sinceramente, no recuerdo que se mencionase y mucho menos haberlo estudiado. Tan completa era mi ignorancia que me habría resultado difícil definirlo ni siquiera en términos generales hasta que fui a Oxford. Sospecho que muchas personas sufren hoy una ignorancia similar; y, sobre todo, he escrito este libro para ellas.

No cuenta toda la historia. Desde su fundación por Constantino I el lunes 11 de mayo del 330 hasta su conquista por el sultán otomano Mehmet II el martes 29 de mayo de 1453, el Imperio bizantino duró un total de 1123 años y 18 días. Tal como pronto descubrí al escribir una historia de Venecia hace unos años, semejante lapso de tiempo sencillamente no puede tratarse en un solo volumen de tamaño manejable. Uno o dos historiadores lo han intentado, pero los resultados nunca me han parecido del todo satisfactorios: o bien se presenta al lector un relato tan esquemático e inconexo que no puede seguirse y se pierde, o bien se recibe con una implacable andanada de hechos que hacen salir corriendo a cualquiera para ponerse a cubierto. He preferido un enfoque más pausado y, en consecuencia, he limitado este primer volumen a lo que equivale, de manera muy aproximada, a los primeros quinientos años. Los dos capítulos iniciales constituyen un prólogo, ya que, en esencia, se ocupan de los primeros años

de Constantino y su ascenso al poder, una historia que no solo me parece fascinante en sí misma, sino también indispensable si queremos entender lo que sigue. En el capítulo 3, llegamos a la inauguración de Constantinopla como la Nueva Roma, el punto en el que el Imperio romano —aunque nunca se desprendió de su antiguo título— puede llamarse propiamente «bizantino». El volumen termina 470 años más tarde con la coronación de Carlomagno como emperador romano de Occidente el día de Navidad del año 800 —una de las fechas más convenientes de toda la historia— y la aparición, por primera vez, de un rival del antiguo trono imperial en el Bósforo. Un segundo libro continuará la saga hasta las Cruzadas y un tercer volumen la conducirá hasta su heroico, y casi insoportablemente trágico, final.

Se preguntarán qué fue lo que me indujo a aceptar un encargo tan formidable. De hecho, la idea no partió de mí en absoluto, sino de mi amigo Robert Adams Gottlieb, algún tiempo antes de que dejara mis editoriales norteamericanas para editar el *New Yorker*. A pesar de que recuerdo haberme sentido un poco intimidado por la magnitud de la tarea que sugirió, no creo que hubiera ninguna vacilación real por mi parte. Llevaba ya más de un cuarto de siglo cautivado por el mundo bizantino desde mi primera visita a Grecia en 1954, mi destino al año siguiente en la embajada británica en Belgrado y, más tarde, los tres años que pasé en Beirut —cuando esa encantadora ciudad era todavía uno de los mejores y más felices lugares del mundo para vivir—, que no habían hecho sino aumentar mi afecto por el Mediterráneo oriental y todo lo que representaba. Así pues, no fue casualidad que, en el momento en el que al fin dejé el Servicio Exterior en 1964 con la misión de intentar ganarme la vida con la pluma, escogiera el monte Athos —lugar en el que todavía se sigue respirando el espíritu de Bizancio más que en ningún otro— para mi primer libro, escrito de manera conjunta con sir Sacheverell Reresby Sitwell.

Mi más reciente interés se ha centrado en Venecia, primero una provincia y más tarde una derivación del Imperio, donde tanto la basílica de San Marcos —por cierto, diseñada siguiendo el modelo de la iglesia de los Santos Apóstoles de Constanti-

no— como la catedral de Santa María de la Asunción de Torcello contienen mosaicos bizantinos dignos de compararse con los de la mismísima Constantinopla. Y, sin embargo, ¡es asombroso lo distintas que se revelan las dos ciudades al escribir sobre ellas! A lo largo de su historia, Venecia, protegida de tierra firme por las aguas tranquilas y poco profundas de la laguna, irradió seguridad; fue impenetrable hasta el final y lo sabía. En cambio, Constantinopla vivió bajo la amenaza casi permanente de un ataque. Los asedios se sucedieron; una y otra vez, la ciudad se salvó en exclusiva gracias al heroísmo del emperador y de sus súbditos. Además, los habitantes de ambas urbes difícilmente podrían haber sido más dispares. Los venecianos eran cínicos: hombres de mundo de rostro duro y mentalidad comercial; y los bizantinos, místicos, para quienes Cristo, su madre y los santos se les antojaban tan reales como los miembros de sus propias familias. Por último, y no menos importante, Venecia estaba gobernada por comités sin rostro: grupos electos de hombres vestidos de negro que trabajaban en secreto, cuya composición cambiaba de manera constante, y que decidían de forma colectiva, evitando todo protagonismo individual. Bizancio era una autocracia regida por un Emperador a medio camino del cielo, igual a los Apóstoles y vicergerente de Dios en la Tierra que tenía la vida de todos y cada uno de sus súbditos en la palma de su mano. Algunos de estos emperadores fueron héroes; otros, monstruos, pero en ningún momento fueron aburridos.

Esa razón basta para que el hecho de escribir este libro haya sido un placer constante, aunque esta obra también es un homenaje a su modesta manera. Nuestra civilización nunca ha reconocido la deuda que tiene con el Imperio de Oriente de forma adecuada. Si no fuera por ese gran bastión oriental de la cristiandad, ¿qué posibilidades habría tenido Europa contra los ejércitos del rey de Persia en el siglo VII o los del califa de Bagdad en el VIII? ¿Qué lengua hablaríamos hoy y a qué dios adoraríamos? Nuestra deuda también es grande en el ámbito cultural. Tras las invasiones bárbaras y la caída del emperador en Roma, la luz de la erudición casi se extinguió en Europa occidental aparte de algunos parpadeos monásticos intermitentes. Esta continuó brillando

a orillas del Bósforo, donde se conservó el antiguo patrimonio clásico. Gran parte de lo que conocemos de la antigüedad —especialmente sobre la literatura griega y latina, así como el derecho romano— se habría perdido para siempre de no ser por los eruditos, escribas y copistas de Constantinopla.

Sin embargo, hace tiempo que estos tremendos servicios se dieron por descontados y cayeron en el olvido. En nuestros días, solo nos queda un recuerdo permanente de la genialidad de los bizantinos: el esplendor de su arte. Nunca en la historia del cristianismo —o de otra de las religiones del mundo, tal como uno se podría sentir tentado a añadir— ninguna escuela de artistas ha logrado infundir un grado tan profundo de espiritualidad a sus obras. Los teólogos bizantinos solían insistir en que los pintores religiosos y los mosaiquistas debían tratar de reflejar la imagen de Dios. A pesar de no ser una exigencia menor, la vemos triunfalmente cumplida una y otra vez en las iglesias y los monasterios del Imperio.

Por último, permítanme subrayar que este libro no aspira a la erudición académica. Ningún bizantinista profesional que lea sus páginas encontrará nada que no sepa ya, salvo, con mucha probabilidad, alguna afirmación y opinión ocasional mía de la que discrepará. Que así sea. A menudo, para periodos tan remotos como el que nos ocupa, los registros que se conservan son tan escasos que da pena, y, en las ocasiones en las que tenemos dos cronistas que cubren el mismo terreno, es tan probable que coincidan como que se contradigan. El desafortunado historiador solo puede sopesar las probabilidades y contar su historia lo mejor que pueda.

No obstante, aunque a veces los remansos del río son turbios, la corriente principal fluye con suficiente claridad y, a lo largo de ella, he intentado trazar un curso lo más recto y preciso que he podido. Todavía queda un largo camino por recorrer antes de llegar al mar, pero confío en que el viaje sea su propia recompensa.

John Julius Norwich
Londres, diciembre de 1987